

# Reportajes

Sería bueno que los señores parlamentarios echasen de una vez un vistazo al otro orden público, quiero decir al desorden público que se está apoderando de nuestras ciudades grandes y pequeñas; un desorden sordo, silencioso, casi subterráneo, que las va haciendo cada día más peligrosas e invivibles.

Comisarios, jueces, padres de familia y responsables de la simple vida cotidiana de nuestros jóvenes saben perfectamente del pánico, que va más allá del simple miedo, de nuestras jóvenes y hasta de nuestras mujeres bien maduras, a transitar pasadas las diez de la noche por muchas calles de la ciudad y a cualquier hora del día y de la noche por un lugar solitario. El número de violaciones que se denuncia es ridículamente contabilizable en proporción a la realidad alarmante del fenómeno. No hablemos del simple susto, que no llega a violación, y que parece uno de los juegos de fin de semana de pandillas de chicos y menores chicos, que se lanzan a la caza de la mujer por las calles de la ciudad, como quien se lanza a la caza del león en la selva. El automóvil, propio o robado, es el arma ideal para el juego de la caza a la mujer.

El fenómeno, la explosión del fenómeno, tiene fácil explicación y salta a las paredes de todas nuestras ciudades en forma de increíbles anuncios de increíbles películas, con increíbles carteles publicitarios. Salta a la publicación de revistas y folletos de todo tipo al alcance de todos los bolsillos adolescentes, quien no tiene veinte duros para comprarla se reúne con un par de amigos y se divierten en compañía aderezando la lectura con los comentarios pertinentes.

A las películas, las revistas, los anuncios insinuantes y la porno y el erotismo que circulan al aire libre de nuestras calles hay que añadir la lluvia de publicaciones eróticas y porno de todo tipo, que se venden a quien quiera comprarlas, se exhiben en escaparates y estanterías de las librerías y pueden adquirir nuestros adolescentes y los que no lo son donde quieran, sin que nadie les ponga trabas.

Sería inocente pensar que cuando se ha pasado la semana baboseando sobre semejante alimento espiritual, al llegar a la alegre noche del sábado fuesen San Simeón el Estilista subido a su columna.

Alimentados al borde con toda la literatura del género, lanzados sobre todo al cine porno de nuestras carteleras, es perfectamente explicable que la sola presencia de una señora de carne y hueso, sea la que sea su edad y su belleza física, los ponga en el disparadero, y así andan nuestras calles y así anda nuestra juventud, que, según todas las estadísticas, es la más «permissiva» de Europa. Las estadísticas no las he buscado yo en mi obsesión paguata; las ha publicado una revista tan poco paguata como «Cambio 16», y los sucesos sobre el tema los publica la Prensa diaria de todas las tendencias.

No hablemos ya del asalto en nuestras calles de carteristas, timadores, descuidados, cacos, ganzúas, murcios, juaneros y el resto de lo que siempre llamamos delincuentes comunes y ahora hay que llamar delincuentes sociales. La audacia de estos conciudadanos en unas ciudades donde parece que los servicios de orden tienen otros órdenes que guardar ha llegado a límites increíbles; audacia consecuencia de su práctica impunidad. Personalmente no hace una semana, la más modesta de las criaturas, con cara de desvalida integral, me ha limpiado la cartera en mi propio despacho, después de haberse asegurado de que no había en todo el piso del periódico otra persona que yo, y aprovechando una ausencia mía del despacho de diez minutos. El relato del atraco del día se ha convertido en una conversación de sociedad; pero no el atraco a la caja de ahorros, al banco o a la caja de la empresa de fuste el día de pago de la nómina, no; el atraco nuestro, doméstico y particular de cada día, el de la tía Juanita, el primo Luis, la cuñada de Pepe.

Señoras y señores diputados, si una bofetada o un bofetón sobre la mejilla, por otra parte mullida por pobladisimas barbas, de un diputado, es merecedora de un pleno, este orden público nuestro de cada día que se nos desmorona a simple nivel de la vida cotidiana del ciudadano normal, ¿no merece la atención de sus señorías? Si no la merece, sus señorías están en las nubes viviendo en un país ideal, mientras les están, nos están, poniendo la zancadilla en el país real de las realidades.

Pilar NARVION